

XXII ASAMBLEA GENERAL DE LA CLAR

MENSAJE FINAL

Cobijados por las montañas de Quito que con su verde espeso evocan y convocan a la esperanza, y que con su altura permiten que sigan resonando los ecos de los gritos de nuestros pueblos, inmortalizados por el arte de Guayasamín, nos reunimos hermanas y hermanos de 18 Conferencias Nacionales, acompañados por queridos invitados.

Con el sabor agridulce, todavía a flor de piel, de la pascua del papa Francisco, nos hemos percibido constantemente desafiados como Vida Religiosa a continuar su legado en estas tierras latinoamericanas y caribeñas, tan heridas cuanto perseverantes. Supimos y nos con-dolimos con las angustias que están atravesando muchas de nuestras hermanas y hermanos, de un modo especial en Haití y Nicaragua. También abrazamos, conmovidos, el dolor expresado por nuestras hermanas de la LCWR (Conferencia de Religiosas de Estados Unidos), debido a la situación política de su país. Pero –desde y más allá de nuestras fragilidades– seguimos creyendo y proclamando, como las “Mujeres del alba”, que la(s) muerte(s) no tienen la última palabra. Reconocimos la mucha vida que sigue naciendo de nuestras entregas, y también nos sentimos urgentemente interpeladas/os a repensarnos y resignificarnos, desde esta mezcla de gracia y de barro que nos constituye.

Nos hemos dolido re-cordando los nuevos “rostros de la pobreza” (Puebla nn.31-39) que, como signos del anti-reino, emergen en nuestros territorios clamando por liberación: migrantes forzados, víctimas del tráfico humano, niñas, niños y adultos vulnerados, comunidades indígenas todavía postergadas, víctimas de abusos, gritos de la Madre tierra herida... clamores, en fin, de todos aquellos que (sobre)viven en las periferias existenciales de nuestras sociedades e iglesias.

Ha resonado a lo largo y lo ancho de estos días, la importancia de la búsqueda de nuevos modos relacionales que privilegien lo humano y la sacralidad de todo lo creado, forjados en la revolución de la ternura y en

el servicio desde abajo, en pos de una humanidad y una Iglesia donde quepan “todos, todos, todos”.

Repetimos, paladeando con el salmista, “qué bueno es habitar los hermanos juntos en armonía” (S 133,1). Porque en armonía, al ritmo del Espíritu, vivimos una verdadera asamblea sinodal haciendo memoria y balance de lo vivido en los últimos tres años. Reconocimos, con corazones agradecidos, el acompañamiento y la animación de la Presidencia que concluye su servicio y que nos ha inspirado con su creatividad, ha abierto caminos con su visión, ha dado testimonio con su coherencia y ha contagiado pasión con su compromiso. Anhelamos que la próxima Presidencia custodie y continúe su legado.

Hemos discernido el ícono bíblico para el Horizonte Inspirador, y la Ruah divina nos ha regalado la figura de Nicodemo (Jn 3,1-12) en su encuentro con Jesús, para que tome la antorcha de la esperanza que le entregan las “Mujeres del alba”. Ellas habían acogido cordialmente el mensaje del ángel: “no tengan miedo, no busquen entre los muertos al que está vivo” (cf. Lc 24,5: Mt 28,5); y Nicodemo, aun en medio de sus insatisfacciones y noches oscuras, se había animado a un itinerario de búsquedas de la Vida ante tantas ofertas de salvación que ya le olían a muerte.

“Nacer de nuevo”, pues, es la invitación que el Maestro dirigió ayer a Nicodemo y hoy nos vuelve a presentar a la Vida Religiosa en Latinoamérica y el Caribe.

“Nacer de nuevo”, que solo es posible por la fuerza sutil e imprevisible del Espíritu que propone y no impone, y por nuestra libre apertura para dar un salto y dejarse moldear.

“Nacer de nuevo”, que presupone creer que es posible renacer desde nuestras fragilidades y contradicciones, porque nos fundamos en una esperanza que “no defrauda” (Rm 5,5), desde que en la Pascua se reveló más fuerte que la muerte (cf. 1 Co 15,54-55).

“Nacer de nuevo”, que, como a Nicodemo (cf. Jn 7,50-52), nos llevará a la confrontación con poderes que oprimen y nos moverá a defender la justicia ante tantas hermanas, hermanos y territorios pisoteados.

“Nacer de nuevo”, que nos invitará a renovar la entrega hasta el fin: generosa, sin cálculos, sobreabundante, como desmedidas fueron las cien libras de “mezcla de mirra y áloe” (Jn 19,39) que Nicodemo llevó para unguir el cuerpo de su Maestro.

“Nacer de nuevo”, que nos impulsará a caminar caminos inéditos, quizá, o que deben ser re-corridos pero de otra manera, asumiendo la osadía de deconstruir para reconstruir, como Nicodemo, que se arriesgó a ir más allá de leyes que ya no lo liberaban, de ritos que ya no le significaban, y de instituciones que no lo representaban.

Desde estas tierras de “la mitad del mundo” que tan cálidamente nos acogieron, queridas hermanas y hermanos, reafirmamos nuestro deseo y opción como Vida Religiosa –centinela y peregrina de esperanza– de apostar por un constante e ineludible re-nacer, sabedores de la impostergable advertencia que Jesús le hizo a Nicodemo, y hoy nos recuerda a cada una y cada uno de nosotros: “el que no nace de nuevo no puede ver el Reino de Dios” (Jn 3,3).

Quito – Ecuador, 3 de mayo de 2025

Participantes de la XXII Asamblea General de la CLAR